

DON JUAN GÓMEZ CRESPO Y FERNÁN-NÚÑEZ

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Excmo. Sr. Director, Sres. Académicos, familiares de D. Juan Gómez Crespo, amigos todos que habéis querido uniros a este acto de homenaje póstumo, obligado según los Estatutos de nuestra Real Academia, profundamente deseado por cuantos sentimos hacia Don Juan por un lado una admiración no fingida, y por otra parte una impagable deuda de gratitud, como es mi caso. Aún está viva en mi memoria aquella mañana de 1969 en que tres miembros de esta Casa, Rafael Castejón, Juan Bernier y Juan Gómez Crespo, se llegaron hasta mi puerta para conocer a un sacerdote joven que había comenzado a publicar cosas sobre el mundo de la Ulía romana, y se atrevía, desde las páginas del diario *Córdoba*, a escribir de lo humano y lo divino, con una libertad un tanto inusitada. Aquellos tres hombres excepcionales se esforzaron desde el primer momento en alentar esa doble faceta de modesto arqueólogo de pueblo y de publicista, metido a cronista y literato. Y ya desde el principio me anunciaron su decidido propósito de proponerme como miembro de la Real Academia, asistiendo después en el mismo Montemayor –cosa rara– a la lectura de mi discurso de ingreso como Correspondiente, en el cine de verano, junto a las murallas del castillo ducal de Frías. Años más tarde, por empeño suyo y benevolencia de todos los Numerarios, se me concedería el honor de subir el máximo peldaño en esta Corporación. No podía faltar mi modesta aportación en este homenaje, que expresa bien a las claras la estima y el aprecio que siempre despertó la noble figura de Don Juan Gómez Crespo, caballero de los pies a la cabeza, cristiano de cuerpo entero, investigador incansable, maestro singular al que Córdoba y Andalucía jamás podrán olvidar. Y menos Fernán-Núñez.

Fernán-Núñez fue su patria chica. Allí vino al mundo el 26 de julio de 1910, es decir cuando su padre, Alfonso Gómez, sudaba a mares en la recolección de las cosechas, y su madre, Dolores Crespo, llevaba el peso de la casa, de la noble casa solariega de la calle Angel Espejo. Era la suya una familia de nobles raíces, de profundas convicciones cristianas, forjada en el duro yunque del trabajo constan-

te y de la virtud acrisolada. De su madre aprendió las primeras oraciones y la vivencia cristiana en aquella imponente parroquia de Santa Marina, donde sus antepasados tenían una capilla, la de San Francisco, adonde acudían con puntualidad exacta todas las semanas para beber la doctrina y la gracia de los sacramentos. En Fernán-Núñez aprendió a rezar y en Fernán-Núñez aprendió sus primeros conocimientos en un convento de monjas que había junto a la primitiva ermita de la Vera Cruz. De allí pasa a otra escuela dirigida por un sacerdote llamado D. Pedro. Pero sería un maestro inolvidable de quien recibiría sus mejores conocimientos, hasta dejar la escuela: Don Alvaro Cecilia Moreno. Y allí en Fernán-Núñez, de la mano de su padre se despertaría en él el cariño sentido al campo. De la mano de su padre él –y todos sus hermanos– no desaprovecharán la ocasión para ir al cortijo que les daba el pan y una nada despreciable situación económica. Y también de la mano de sus padres comenzó a sentir desde pequeño el amor a la villa de sus mayores, de cuyo palacio, ermitas, fuentes, plazas, parroquia, veredas, cortijos, tradiciones, él se sentiría orgulloso toda la vida.

Gómez Crespo, muy pronto, con doce años, deja la villa durante el curso, para estudiar en el Colegio Salesiano de Córdoba, después en el Instituto General Técnico, más tarde de la Universidad de Sevilla donde estudiara Filosofía y Letras y Derecho, junto a nombres de primera categoría intelectual, que no es preciso repetir, porque ya otros lo han hecho. Pero esta lejanía de su villa natal, no sólo no le hizo olvidarse de ella, sino que más bien la nostalgia despertó en él una añoranza y un afán de regreso que le hacía volver siempre que la ocasión se presentara, desde Córdoba, Sevilla, Madrid, donde, en la Universidad Complutense, obtiene la licenciatura en Historia.

Terminada la carrera de Filosofía y tras las oposiciones, D. Juan deja temporalmente Fernán-Núñez, para impartir sus clases en Nerva, Guadix, Cádiz y por último Córdoba desde 1941. Pero ya antes, y ante los problemas gravísimos que sufría España, la familia Gómez-Crespo se ve forzada a dejar la villa natal, para trasladarse definitivamente a Córdoba. Esto ocurría en 1936, en el año de la Guerra Civil Española. Pero desde la capital seguían llevando el campo, y de siempre mantuvieron abierta la casa solariega de la calle Angel Espejo.

Cuando a Don Juan le llega la hora de contraer matrimonio, clava sus ojos en una hija de Fernán-Núñez, también de nobles raíces y de profundas vivencias cristianas: Josefina López, hoy gracias a Dios viva, y presente entre nosotros.

Otras plumas, con más experiencia y más categoría que la mía, deshojan hoy en este homenaje las mil facetas de la vida de Gómez Crespo. Por eso –ya para no cansar– me ciño al título de este comentario: Gómez Crespo y Fernán-Núñez. Como muy bien dice el ilustre compañero de D. Juan, Académico de Real de la Historia e Hijo Predilecto de Andalucía, Don Antonio Domínguez Ortiz, “Gómez Crespo es un raro ejemplo de persona que cultivando amplias relaciones, que habiendo extendido su curiosidad intelectual por Andalucía y España entera, que ha viajado repetidas veces por el ancho mundo, sin que estas experiencias y contactos le hayan hecho perder sus raíces locales, ni disminuir su carrera profesional y científica”. Así es. Su entrega a la cultura, su labor docente, su asentamiento definitivo en Córdoba –donde se casa en la parroquia de San Nicolás en 1945– no le hicieron perder lo más mínimo el calor por el terruño, por la noble

villa ducal de Fernán-Núñez, a la que ha llevado muy en el corazón y en el alma, hasta el último momento de su vida.

Fruto de esa constante preocupación por su pueblo es la ingente cantidad de trabajos históricos salidos de su pluma y que tienen por objeto desvelar alguna parcela de esa misma historia. Y esto desde los primeros años de sus interés por la Historia.

Gómez Crespo no desperdicia una sola ocasión para resaltar algún aspecto de la historia de Fernán-Núñez. En cuantas ocasiones la corporación municipal solicitaba su colaboración allí estaba él dispuesto a trabajar. Fue pieza clave para la declaración del palacio como monumento histórico-artístico, y participó activamente en la cesión del mismo al Ayuntamiento, para que sirviera al pueblo.

Desde hace más de cincuenta años era constante su colaboración en la formidable revista de feria, sin duda una de las mejores editadas en toda Andalucía, por la altura de los trabajos históricos y literarios. Baste reseñar algunos de los muchos trabajos salidos de su pluma:

1944: "Principales etapas del desarrollo de Fernán-Núñez".

1957: "Hacia el mejoramiento cultural de nuestro pueblo".

1972: "El palacio ducal de Fernán-Núñez y su interés histórico-artístico".

1973: "Evolución demográfica y emigración".

1975: "Fernán-Núñez hace siglos".

1976: "Dos escritores vinculados a Fernán-Núñez vistos por Don Juan Valera".

1977: "Un pronunciamiento carlista en Fernán-Núñez".

1980: "Los estilos artísticos en la iglesia de Santa Marina de Fernán-Núñez".

1981: "El VI Conde de Fernán-Núñez y Don Juan Valera".

1982: "El aprovechamiento de tierras en Fernán-Núñez".

1983: "La iglesia parroquial de Santa Marina".

"Aportación a la historia de Fernán-Núñez, una propuesta de 1919".

Y... ¿cuál era la opinión que tenía Don Juan de su pueblo natal? En la revista de feria de 1979, y en el espacio "Hombres de Fernán-Núñez", Antonio Garrido Hidalgo le hace una entrevista. Para Don Juan "es un pueblo en el que he visto siempre una gran hermandad con un sentido igualitario que no se da en otros pueblos, y esta solidaridad se nota en muchos momentos como por ejemplo en los entierros donde todo el mundo se solidariza". Y habla de sus muchos amigos, "que siempre los he conservado". Sus mejores recuerdos eran la Semana Santa, el día del Corpus que tenía una gran vivencia con el retablo en la fachada del palacio y las porras de juncia que los muchachos hacían estallar".

Habría todavía mejores recuerdos para Don Juan Gómez Crespo. Fernán-Núñez no es un pueblo que honra a sus hijos ilustres cuando han dejado este valle de lágrimas.

En 1980 el Club Roma le concede la medalla de oro.

En 1985 el Ayuntamiento de Fernán-Núñez, su Corporación entera, el día 23 de junio, lo nombra "Hijo predilecto de la villa" y le concede también la medalla de oro. Fue sin duda alguna la jornada más entrañable, más emotiva para Gómez Crespo, que apenas pudo responder a las distinciones, embargado por la emoción y la gratitud. El alcalde leyó ante todos previamente los acuerdos del Ayuntamiento, e hizo historia de las razones que los habían movido, respondiendo a un

deber de justicia y de gratitud hacia quien tan alto había puesto con sus escritos y su figura el nombre y el prestigio de su villa natal.

Todavía Don Juan prestó otros servicios a Fernán-Núñez. Aceptó ser pregoneiro de su Semana Santa, esa de la que según sus palabras, tantos y tan buenos recuerdos le habían proporcionado.

El, y toda su familia, movidos por un sentido cristiano y social, cedieron la casa solariega para que en ella funcionase una escuela-hogar, que recogiera los niños del campo, y los que por razones familiares necesitaban vivir internados. Y el último paso de altruismo —ya suprimida la escuela-hogar— ha sido destinar la casa de sus padres para transformarla en una “Residencia de Ancianos”, a fin de que los hijos de Fernán-Núñez no tengan necesidad de ausentarse de su pueblo para vivir los últimos años de su vida en ambientes desconocidos, alejados de sus costumbres y del calor familiar y de los amigos.

En resumen, Don Juan fue un enamorado de su pueblo, un hijo orgulloso de sus raíces, de su historia, de sus tradiciones, de sus gentes, a las que siempre sirvió con admirable entrega, hasta que Dios le dio fuerza e inteligencia. Y en resumen también que Fernán-Núñez supo ver en Don Juan a un hijo ilustre, a un hombre íntegro, intelectual nato, un hombre al que su vasta cultura no le hizo jamás subirse a la parra del orgullo, sino que vivió con la sencillez y grandeza de los que nunca miran por encima del hombro, ni se apuntan a ningún desfile triunfal, a pesar de sus impagables servicios al desarrollo cultural de Córdoba, de España y de su patria chica. Fue noble, incluso en el sufrimiento, que tampoco fue pequeño.

Sólo me resta expresar mi gratitud a su esposa, sus hijos, a Fernando Serrano, por su espléndida y cordial colaboración prestada para estas notas. Y desear que su ejemplo nos estimule a todos. El ha muerto pero el magisterio de los hombres grandes traspasa la frontera de la vida y se proyecta como una luz en nuestro camino.